

---

## AL DIABLO CON HITLER

—  
DE PATRICK HITLER A FRANKLIN  
D. ROOSEVELT, PRESIDENTE DE  
ESTADOS UNIDOS

3 de marzo de 1942

En 1940, un año después de huir de la Alemania nazi e instalarse en Nueva York, el escritor de esta carta intentó enrolarse en el Ejército norteamericano, pero su solicitud fue denegada por un motivo increíble: era sobrino de Adolf Hitler. Sin embargo, no desistió y al cabo de dos años, pocos meses después de que su tío declarara la guerra a Estados Unidos, William Patrick Hitler intentó de nuevo alistarse mediante esta carta, que envió directamente al presidente de Estados Unidos. La misiva pasó enseguida a manos del director del FBI, J. Edgar Hoover, que procedió a investigar a William y concederle, al fin, autorización para alistarse.

William Patrick Hitler se incorporó a la Armada de Estados Unidos en 1944, pero fue dado de baja en 1947 tras resultar herido en acto de servicio. Murió cuarenta años después en Nueva York.

3 de marzo de 1942

Excmo. Sr. D. Franklin D. Roosevelt,  
Presidente de Estados Unidos de América  
La Casa Blanca  
Washington, D. C.

Estimado señor presidente:

¿Me permite que me tome la libertad de usurpar su valioso tiempo y el del personal de la Casa Blanca? Consciente de que la nación pasa por días críticos, si me atrevo a hacerlo es porque sólo desde las atribuciones exclusivas de su alto cargo se puede decidir mi difícil y singular situación.

Permítame que le resuma con la mayor brevedad posible las circunstancias en que me encuentro, cuya solución podría procurarse fácilmente si se sintiera usted inclinado a interceder por mí y tomar una decisión.

Soy el sobrino y único descendiente del desacreditado canciller y líder de Alemania que tan despóticamente pretende hoy esclavizar a los pueblos libres y cristianos del mundo entero.

Bajo el diestro liderazgo de usted, hombres de todos los credos y nacionalidades libran una batalla desesperada para determinar, en última instancia, si al fin vivirán y servirán en una sociedad ética regida por las leyes de Dios o serán esclavizados por un régimen diabólico y pagano.

El mundo entero ha de responder hoy a la pregunta de qué causa desea abrazar. Para las personas libres con profundas convicciones religiosas sólo puede haber una respuesta y una opción, que los sostendrá siempre y hasta el amargo fin.

Yo sólo soy uno entre muchos, pero tengo una vida que entregar y puedo prestar un servicio a esta gran causa para que, con la ayuda de todos, triunfe al final.

Pronto todos mis familiares y amigos marcharán en defensa de la libertad y la decencia bajo la bandera de las barras y estrellas. Por este motivo, señor presidente, le presento respetuosamente esta petición para preguntar si me sería permitido sumarme a ellos en su lucha contra la tiranía y la opresión.

En la actualidad esto no se me permite porque cuando escapé del Reich, en 1939, me convertí en súbdito británico. Vine a Estados Unidos con mi madre, irlandesa, principalmente para reunirme aquí con mis familiares. Al mismo tiempo me ofrecieron un contrato para escribir y dar conferencias en Estados Unidos, y la presión no me dejó el tiempo necesario para solicitar la nacionalidad. Por tanto, tuve que venir en calidad de visitante.

He intentado alistarme en el Ejército británico, pero mi éxito como conferenciante me ha convertido, probablemente, en uno de los oradores políticos con mayor número de asistentes, y la policía se ha visto obligada a menudo a controlar a las multitudes que pugnaban por entrar en Boston, Chicago y otras ciudades. Esto ha suscitado una respuesta más bien negativa a mi petición por parte de las autoridades británicas.

Los británicos son isleños y, pese a su amabilidad y buena educación, tengo la impresión, errónea o acertada, de que a la larga no se mostrarían demasiado cordiales o comprensivos con un individuo que llevara mi apellido. La solución de cambiar de apellido, dado el elevado coste de ese trámite en Inglaterra, queda sencillamente fuera de mi alcance económico. Por otra parte, no he logrado



determinar si el Ejército canadiense me permitiría ingresar en sus fuerzas armadas. Tal y como están las cosas ahora mismo, y a falta de orientación oficial, creo que tratar de alistarme como sobrino de Hitler es algo que requiere una extraña clase de valentía que soy incapaz de mostrar, privado como estoy de todo respaldo oficial.

En cuanto a mi integridad, señor presidente, sólo puedo decir que es una cuestión probada, y de algún modo se puede comparar con el espíritu previsor con el que usted, con todo el ingenio propio del arte de gobernar, arrebató al Congreso norteamericano las armas que hoy constituyen la verdadera defensa de la nación en esta crisis. También puedo manifestar que en un momento de gran complacencia e ignorancia traté de hacer lo que, como cristiano, tenía por correcto. Prófugo de la Gestapo, advertí a Francia a través de la prensa de que Hitler tenía previsto invadirla ese mismo año. De igual modo, puse sobre aviso al pueblo británico por los mismos medios de que la llamada «solución» de Múnich era un mito que traería terribles consecuencias. A mi llegada a Estados Unidos, informé de inmediato a la prensa de que Hitler soltaría a su Frankenstein contra la civilización ese año. Aunque nadie prestó la menor atención a lo que decía, seguí dando conferencias y escribiendo en este país. Ahora ha llegado el momento de dejar de escribir y hablar, y sólo soy consciente de la enorme deuda que mi madre y yo hemos contraído con Estados Unidos. Lo que más me gustaría sería participar en combate lo antes posible y, de ese modo, obtener la aceptación de mis amigos y compañeros como uno más en esta gran batalla por la libertad.

Bastaría con una resolución favorable por su parte con respecto a mi petición para garantizar el mantenimiento del espíritu benévolo del pueblo americano, del que a día de hoy me siento parte. Con el mayor de los respetos, le aseguro, señor presidente, que haría en el futuro, como he hecho en el pasado, cuanto estuviera en mi mano para ser digno del gran honor que requiero por medio de su amable ayuda, con la certeza de que mis esfuerzos en defensa de los grandes principios de la democracia al menos saldrán airosos en la comparación con las acciones de muchos individuos que durante tanto tiempo han sido indignos del gran privilegio que supone llamarse americanos. Por consiguiente, ¿podría atreverme a esperar, señor presidente, que en la agitación de este enorme conflicto no se sentirá impulsado a rechazar mi petición por causas de las que en modo alguno soy responsable?

A día de hoy no podría haber mayor honor para mí, señor presidente, que haber vivido y que se me permitiera servirlo a usted, la persona que salvó al pueblo americano de la penuria, ni mayor privilegio que luchar y aportar mi granito de arena en la consolidación del título con el que pasará a la posteridad, el de mayor Emancipador de la sufriente humanidad en la historia de la política.

Facilitaré con mucho gusto toda la información adicional que pudiera hacer falta y me tomo la libertad de adjuntar un documento con detalles sobre mi persona.

Permítame, señor presidente, expresarle mis mejores deseos para su futura salud y felicidad, junto con la esperanza de que pronto pueda liderar a todos los hombres del mundo que creen en la decencia hacia una victoria gloriosa.

Lo saluda respetuosamente  
Patrick Hitler